

Marie Gray

Ruborízate
Nuevos cuentos eróticos
para sonrojarse

***** entre
paréntesis *



Entre Paréntesis - 3

RUBORÍZATE

Nuevos cuentos eróticos para sonrojarse

MARIE GRAY

ediciones
Lectio





La traducción de esta obra ha tenido el apoyo de:



Primera edición: enero de 2009

© del texto: la autora
© de esta edición: Lectio Ediciones
© de la edición original: Guy Saint-Jean Éditeur Inc.,
Quebec, Canadá

Edita: Lectio Ediciones
C. de la Violeta, 6 • 43800 Valls
Tel. 977 60 25 91
Fax 977 61 43 57
lectio@lectio.es
www.lectio.es

Traducción: Ramon Sala Gili

Diseño y composición: Imatge-9, SL

Impresión: Romanyà-Valls, SA

ISBN: 978-84-96754-28-7

Depósito legal: B-306-2009





UN BAILE CON MÁSCARAS

Laurence jamás hubiera sospechado que una sencilla invitación pudiese trastocar su vida hasta ese punto.

La carta que la había traído ni siquiera estaba dirigida a ella. El sobre decía:

Mme. Andrée Beaulieu
2650, rue Vallier
MONTRÉAL, QUÉBEC

Esa dirección era la de ella, pero nunca hasta entonces había tenido noticia de una tal Andrée Beaulieu. Y eso que ya hacía tres años que vivía en esta casa. Normalmente, hubiera devuelto la carta a Correos sin siquiera sentir curiosidad por saber qué contenía, especificando simplemente que la destinataria era desconocida en esa dirección. En el sobre, donde normalmente hubiera ido la dirección del remitente, venía una imagen intrigante: la de una mano que cogía una manzana de la rama de un árbol. Recordaba a un grabado antiguo, como los que se utilizaban para ilustrar los libros de otro tiempo. Pero





6 Marie Gray

lo que le llamó sobre todo la atención fue la pequeña máxima, debajo:

La última ocasión de probar el fruto prohibido.

* * *

Laurence era el vivo retrato de una mujer joven sin complicaciones. Empleada durante los últimos siete años en la misma firma de contables, y soltera. Una verdadera soltera: endurecida y célibe. Tejía el bienestar perfecto con ayuda de sus seis gatos, sus DVD de las películas recién estrenadas, sus platos congelados y sus palomitas de maíz. Esos pequeños placeres le bastaban ampliamente. Para decirlo todo, Laurence se consideraba a sí misma como una persona sin encanto, aunque la realidad fuera que era simplemente «deslucida». Era evidente que no intentaba gustar; apenas se maquillaba —carecía de la paciencia y la imaginación que se precisaba— y se vestía con prendas cómodas, sin seguir ningún estilo en particular.

Sus colegas no habían hecho ningún esfuerzo para llegar a conocerla más íntimamente. La encontraban mortalmente aburrida, tratándola con una corrección no exenta de frialdad. Algo que a Laurence le iba muy bien puesto que, en lo que a ella se refería, no veía en ellos más que una inane frivolidad.

En el capítulo de aventuras, a Laurence no la habían consentido. A los diecisiete años se había enamorado de un chico un poco mayor que ella. Él la había correspondido, pero tuvo que romper su relación con ella para casarse con otra joven mujer a la que había dejado, imprudente y desafortunadamente, encinta.





Ésa había sido la única relación seria de su vida. Había entregado su virginidad a ese joven —de una manera que dejó bastante que desear, digámoslo todo—, con quien había decidido pasar el resto de su existencia. La segunda y la tercera vez que hicieron el amor —aunque no desprovistas de torpeza— fueron más prometedoras, apuntando un horizonte de placeres por descubrir. Y entonces fue cuando él le dijo adiós. Se quedó deshecha, jurándose que jamás volvería a sucederle algo así. De modo que ahí terminaron sus escarceos en materia de gozo sexual.

Por aquel entonces, no previó que esta «huelga» iba a durar lo que había acabado durando, pero se encontró con que no tenía el coraje de buscar a otro hombre; un nuevo amante que, previsiblemente, iba a herirla una vez más. No obstante, había aprendido a procurarse un poco de confort. Cuando la frustración le resultaba insoportable, se masturbaba pensando que poseía a ese hombre que había osado dejarla, en presencia de la otra chica (que aullaba de despecho con la barriga como un bombo monumental). Una bien triste compensación que la había llevado, poco a poco, a incluso abstenerse de ese pequeño y solitario ejercicio de amor propio.

Laurence estaba convencida de haberse mantenido a salvo de todas esas tentaciones, pero hete aquí que sin que comprendiese inmediatamente el porqué, la corta frase del sobre había incitado su curiosidad, empujándola a abrirlo.

Estimada Sra. Beaulieu:

Usted, que ya se ha unido antes a nosotros en la búsqueda de placeres prohibidos, que sabe explorar sus deseos y pasiones, que aprecia la discreción de nuestras indagaciones, está invitada





8 Marie Gray

a nuestro primer baile de máscaras, para celebrar el aniversario de nuestra primera aventura.

Siguiendo nuestra costumbre, deseamos que comparta esta invitación con su compañero, o sus compañeros íntimos.

La velada tendrá lugar en fecha y dirección indicadas abajo.

Por razones obvias, para acceder a ella será necesario presentar esta invitación al entrar.

Venga a compartir con nosotros una velada que será sin duda inolvidable.

Aunque no se exige ningún modo de vestir en particular, le rogamos que quiera ponerse una máscara, a fin de que los “intercambios” sean lo más secretos y misteriosos que se pueda.

Esperando el placer de tenerla con nosotros.

Seguía una dirección que a Laurence no le resultaba familiar. Se apresuró a buscar en el callejero de la ciudad hasta que la encontró, ahí, en la falda de la montaña. Con la entrada por una calle secundaria, la casa daba a un callejón sin salida.

Como es natural, su primera reacción fue la de arrugar la carta y tirarla a la papelera. Al haberla abierto, ya no podía devolverla a Correos, y ciertamente no era ella quien iba a asistir a una velada así.

Calentó unos espaguetis precocinados y se los comió mientras miraba un viejo film de Catherine Deneuve. Luego se quedó dormida en el sofá, sin perder un minuto más en pensar en la curiosa invitación.

Sin embargo, al día siguiente, mientras se preparaba para llevar la basura al contenedor, un repentino impulso la hizo rebuscar entre los desperdicios, casi frenéticamente, hasta que encontró el sobre. Lo alisó cuidadosamente, preguntándose mientras lo hacía qué era lo que la impulsaba a actuar así, y lo depositó sobre el mostrador. No se





detuvo a leerla de nuevo, contentándose vagamente con saber que estaba ahí, intacta.

A lo largo del día, le sorprendió que su pensamiento regresase a ese misterio baile. ¿Qué clase de personas podían dedicarse a una cosa así? ¿Qué era lo que buscaban con ello? ¿Cuál era la chispa que alumbraba comportamientos de tal tipo? ¿Cómo iba a transcurrir esa velada?

Cuando al acabar la jornada llegó a su casa, antes incluso de sacarse los zapatos, se fue a verificar la fecha de la invitación. Quedaban ocho días... Ciertamente, no iba a pasarse los próximos ocho días distraída en ello, sin poder concentrarse en su trabajo, y haciéndose toda clase de preguntas sobre el asunto, ¡hasta ahí podía llegar! Y, sin embargo, de pronto se dio cuenta de que no sólo iba a preocuparse hasta la fatídica fecha, sino que probablemente continuaría pensando en esa invitación semanas después de que el baile se hubiese celebrado. Le había desvelado que existían cosas que hasta entonces ni siquiera había sospechado que existiesen y, muy a pesar suyo, ardía de curiosidad.

¿Dónde podía encontrar respuesta a todos sus interrogantes? De repente sintió que deseaba absolutamente saber algo más sobre un evento así. ¿Era algo que sucediese con frecuencia? Nunca había oído hablar de algo de esa clase... ¿Estaría desconectada de la realidad hasta ese punto? Pensó en ir a la biblioteca de su barrio para indagar discretamente sobre el asunto. Pero ¿en qué sección iba a encontrar documentación sobre algo así? ¿Sexualidad? ¿Sociología? Si algún bibliotecario se lo preguntaba, iba a morir de vergüenza allí mismo. Lo más sencillo era consultar la prensa. Quizás los anuncios por palabras iban a darle alguna pista.





10 Marie Gray

Hojeando esa sección, se encontró con muchas agencias de escorts, ofreciendo diversos servicios más o menos explícitamente. Salones de masajes y personas que buscaban prácticamente de todo, desde el compañero clásico hasta la aventura insólita. Pero no vio mencionado en ninguna parte ningún baile con máscaras, ni siquiera anuncio alguno de una velada erótica para la que se pidiese gente. Decepcionada, se preguntó dónde más podría buscar. ¿Una publicación especializada, quizá? Pudiera ser, pero haría falta comprarla...

Intentó distraerse leyendo una novela de uno de sus autores favoritos. A las 9 de la noche, cansada de tener que releer un mismo pasaje diez veces antes de captar su significado, se puso en pie de un salto, cogió el bolso, salió a la calle y se dirigió con paso decidido al quiosco de prensa más cercano de su barrio, que estuviese abierto, decidida a hacerse con una publicación que pudiese ilustrarla. Entonces cayó en que eso no era muy sabio: iban a reconocerla y se acordarían de ella. Tras dudar unos instantes, acabó dirigiéndose a la primera boca de metro. Cogió el primer tren que pasó y se bajó al cabo de unas estaciones. Salió, y vio una tienda de conveniencia en la que no había entrado nunca y en la que sería una perfecta compradora anónima.

Se encontró con un surtido mucho más abundante de lo que hubiera creído. ¿Qué revista debería escoger? Un hombre entró en la tienda y vino en dirección a ella. Puso semblante de estar mirando las revistas de informática y cogió una al azar, hojeándola como si realmente estuviera interesada en ella. Por el rabillo del ojo observó que el hombre, con un gesto natural y casi despreocupado, cogía un ejemplar de *Playboy*.





«Bueno, al fin y al cabo todas las revistas son iguales», se dijo en su interior. Cuando el desconocido se dio la vuelta para dirigirse a la caja, cogió otro ejemplar y lo puso debajo de la revista que había ojeado hacía un momento. Quizá así, el cajero sería incapaz de decir cuál de las dos era la que le interesaba realmente. Ante su desespero, el empleado se demoró tanto como quiso en atender al desconocido que la precedía, infligiéndole así unos minutos suplementarios de agobio. Cuando le tocó el turno, el cajero marcó el precio de la revista de informática en la caja registradora sin delatar ningún interés.

«De momento, eso va bien», pensó.

Pero al marcar el precio de la segunda, se permitió levantar la mirada hacia ella y obsequiarla con un guiño repleto de concupiscencia. ¡Habrás visto, esa insolencia! Laurence, azorada y molesta, sacó precipitadamente unos billetes del monedero, cogió las revistas y se marchó sin siquiera esperar el cambio, apresurándose a esconder la condenada publicación en el fondo de su bolso.

* * *

Una vez hubo regresado a su apartamento, Laurence empezó a dudar de todo. ¿Qué podía ser lo que la había impulsado a desplazarse a varios kilómetros de su casa con el sólo objetivo de comprar una revista que no le interesaba en lo más mínimo? Una publicación que siempre había calificado «de tetas» y que le inspiraba una extraña mezcla de repulsión y curiosidad...

Para intentar averiguarlo, se puso a hojearla, buscando (sin osar recrearse en las fotos) artículos que pudiesen





QUERIDO JULIEN

Querido Julien:

El sábado pasado te vi tocar en el Crystal Club. Como de costumbre, estabas resplandeciente. Mis amigas me dicen que hubiera debido hablarte e intentar atraer tu atención, pero me sentí incapaz de hacerlo. Y, sin embargo, no es la primera vez que he pensado en ello.

Debo de ser la persona que más te admira, aunque fans las tendrás a montones... ¡Mas te aseguro que ninguna como yo!

Ignoro si es tu rostro, perdido en no sé qué mundo, tus manos acariciando las cuerdas de tu guitarra o tu talento sublime, lo que hace que me ponga en tal estado cada vez que te veo. ¿Es posible que sean tus largos dedos, a los que observo deambular amorosamente por el mástil de tu instrumento, pareciendo que sienten cada vibración, mientras la hacen nacer y morir? Hay algo en ti que me pone en trance. Cuando tú estás, no existe nada más. Ningún otro sonido, ninguna otra imagen. No estoy en un bar ruidoso, en la sala no hay humo ni gente. Floto en una especie de burbuja que sólo te contiene a ti. Solamente tú, tu mirada perdida y tu música.

Quizá la próxima vez me decidiré por fin a abordarte. No lo sé. Por el momento, todo cuanto oso hacer, es indicarte que existo. Que hay, en algún lugar, una mujer que arde en ganas de conocerte, que perdería la razón si supiese que una de esas melodías a las que tú das vida la había inspirado ella.





32 Marie Gray

Me pierdo; ¡perdóname! Me contentaré con enterarme del lugar donde vas a tocar la próxima vez que lo hagas, y allí estaré yo: observándote, admirándote... y deseándote.

Hasta pronto.

X

A Julien le costaba creérselo. En todos esos años de su carrera, no le había sucedido nada igual. Quizá «carrera» resultase un término excesivamente ampuloso para referirse a su música. Esa música que apenas le había procurado de qué comer y alojarse durante los últimos catorce años, la música que le había valido más penas que glorias. Una música, sin la cual no podía pasar, que le había costado incluso Janelle.

Arrugó la carta que acababa de leer, y cuando iba a tirarla al cesto, se detuvo. ¿Qué hombre podía permitirse arrojar a la basura una misiva de esta clase? Su autora era probablemente una adolescente o una mujer con apenas la edad legal para entrar en el Crystal Club... En todo caso, una persona frustrada carente de medios para expresar su interés que no fuesen así de retorcidos. Pero no podía negar que se sentía contento, y no tenía ganas de esconderlo. Nunca —por lo menos, no que él lo recordara— había sido objeto de una tal admiración por parte de una mujer. Ni siquiera con Janelle...

Se habían conocido en uno de esos bares de moda, donde su grupo tocaba. Se había fijado inmediatamente en ella, pero había sido incapaz de encontrar algo inteligente, o simplemente coherente, que decirle para romper el hielo. En su defensa cabría decir que estaba acostumbrado a que fuesen ellas quienes diesen el primer paso, por más que esa primera aproximación generalmente no condujese a más. Sobre todo, en una clase de lugar así... Pero Janelle no había correspondido a su mirada. No fue





sino más tarde, durante el espectáculo, cuando Ian, el vocalista, preguntó si alguien del público deseaba cantar un *blues*, que ella alzó el brazo. Subió al escenario con paso seguro y tras dirigirle una sonrisa capaz de fundir al más pintado, se puso a cantar.

En aquel momento había sentido los primeros signos anunciadores del famoso flechazo: sus manos se cubrieron de una tenue capa de sudor, impidiéndole tocar correctamente el instrumento, y sus sienes empezaron a latir por un motivo muy distinto que el bombo de la batería ensordecedora que tenía detrás de él. La adrenalina que se vertió en su torrente sanguíneo casi le hizo creer que iba a sufrir algún tipo de ataque. Pero no, todo se debía a la presencia de ella...

Resumiendo, la velada había proseguido mucho mejor de lo que había empezado. Al sonar las 2 de la madrugada, Julien estaba perdidamente enamorado de una chica que conocía bien poco. Solamente sabía que en su vida no existía ningún secreto que pudiese dar al traste con todo; ningún ignoto marido, ningún problema en lontananza... Ella era la plasmación de sus sueños, y ya no se separaron más durante cuatro años.

Barrió esos recuerdos de la mente antes de que se convirtiesen en dolorosos y volvió a pensar en la carta de su admiradora. A pesar de las reminiscencias de Janelle (y de la pena que más tarde ella le había causado), no pudo evitar sentir la punzada de una halagadora curiosidad.

Algunos días después recibió otro mensaje.

Mi muy querido Julien:

Ayer por la noche estabas aún más atractivo de lo que sueles estar.



Esta vez, lo que me puso como una moto, en vez de tus manos fue tu pelo. Los focos hacían brillar tus rizos... Me los imaginaba acariciándome la cara.

No te veo nunca con una mujer, Julien. ¿Alguna te ha hecho daño? ¿Piensas quizá que no vas a contentarte con una? Ayer por la noche te imaginaba desnudo sobre ese escenario. Te veía solo bajo los focos multicolores, con el cuerpo bañado por esa orgía de luces. Conmigo, cerca, inmóvil y admirándote para mí sola.

Dentro de poco habré reunido el valor de presentarme. Sólo necesito estar segura antes de que tu cuerpo y tu corazón no pertenecen a nadie. Si supiera eso, me entregaría a ti toda entera.

Hasta pronto, Julien.

X

¡Ah! ¿Quería estar segura de que su corazón no perteneciese a nadie? A su pesar, esa frase le hizo pensar en los cuatro años de felicidad casi total que compartió con Janelle. Esa felicidad tan estúpidamente rota...

En aquella época, él había conseguido satisfacer (sin más) sus necesidades económicas, pero ella, por su lado, pintaba (y vendía) cada vez más cuadros. Empezó a reprocharle que no la agasajara tanto como ella lo hacía con él. Cuando él intentaba hacerle ver que era insensato gastar una gran cantidad de dinero en un viaje, señalando que sería más barato e igual de satisfactorio ir a un sitio más cercano, ella le acusaba de ser un racán y de no quererla lo suficiente para cometer una pequeña locura. En realidad, una manera de espetarle que no ganaba suficiente dinero y que no le probaba su amor; en tanto que ella, como más rica se hacía, más generosa se mostraba con él. Es sabido que las mujeres, por definición, son perfectas... Su actitud fue volviéndose insoportable, hasta que un día ella le soltó a la cara que estaba convencida



ÍNDICE

Un baile con máscaras	5
Querido Julien	31
El secreto de Brigitte.....	55
Cuando a uno le abandona su amigo... ..	81
Una buena obra benéfica	109
De satén y puntilla	135
Doble o nada.....	161

